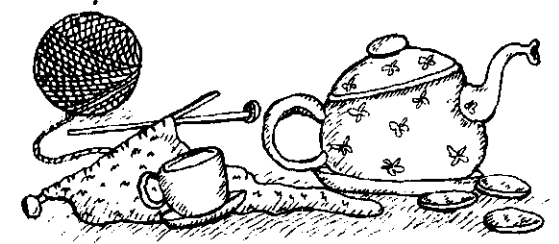


## MEDIAS DULCES



Hubo una vez una abuela que  
tenía una nieta brincona,  
comegalletas y juguetona  
llamada Julia.

Julia quería mucho a su abuela  
canosa, desdentada y gran  
narradora de cuentos.

Una tarde, Julia brincaba y la  
abuela la regañaba. Julia corría y

©Ivar Da Coll, 1997

© Editorial Norma S.A., 1997 para todo el mundo de habla hispana.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,  
por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial.

Primera reimpresión, 1998

Segunda reimpresión, 1999

Tercera reimpresión, 2000

Cuarta reimpresión, 2002

Impreso por Editora Géminis Ltda.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Mayo de 2002

Dirección editorial, María Candelaria Posada

Edición, Cristina Aparicio

Diagramación y armada, Ana Inés Rojas

Dirección de arte, Julio Vanoy

ISBN: 958-04-3398-4



la abuela la  
regañaba  
nuevamente,  
hasta que,  
cansada de  
regañarla tanto,  
le propuso:

—Ven, siéntate a  
mi lado, que quiero contarte un  
cuento.

Julia dejó de brincar, de correr,  
de comer galletas, de jalarle la  
cola al gato y se sentó encima de  
la falda de la abuela callada,  
calladita... para escuchar la  
historia que le  
quería contar:

—Hace  
mucho, mucho  
tiempo, tanto que  
sólo una vieja  
como yo puede



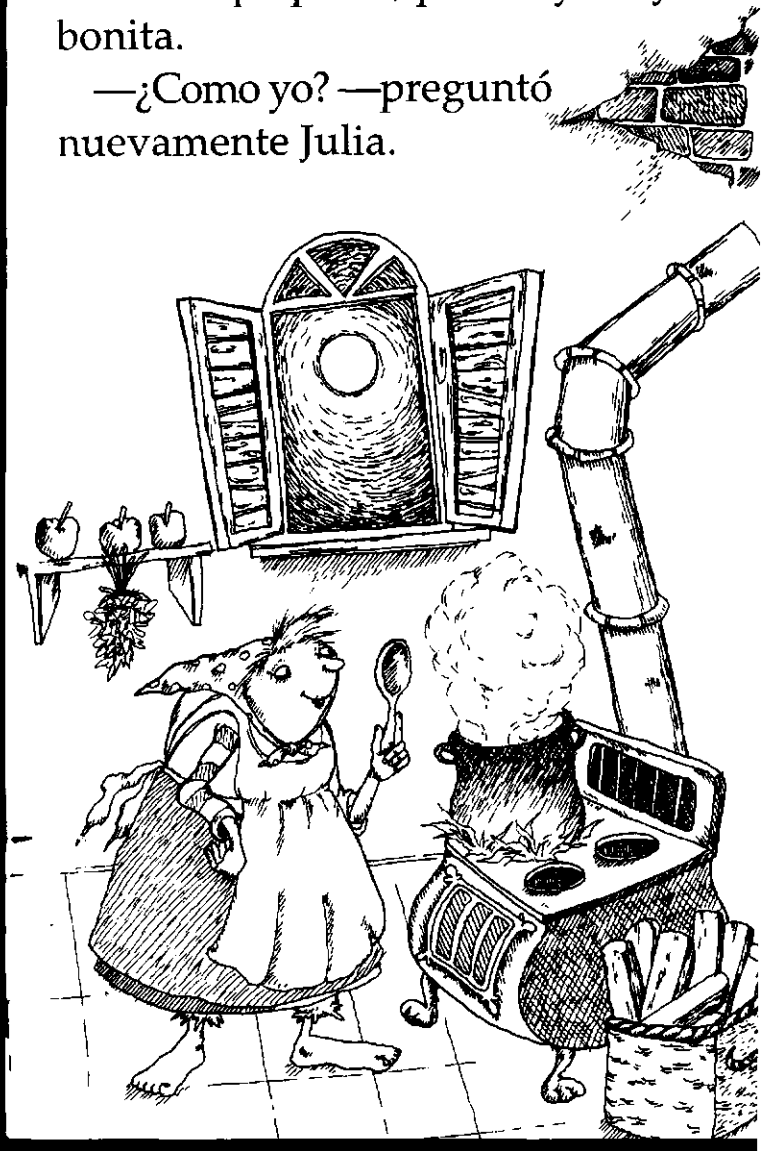
recordarlo... bueno, hace mucho tiempo existió una bruja llamada Befana.

La Befana era canosa, desdentada, un poco gorda y jorobada.

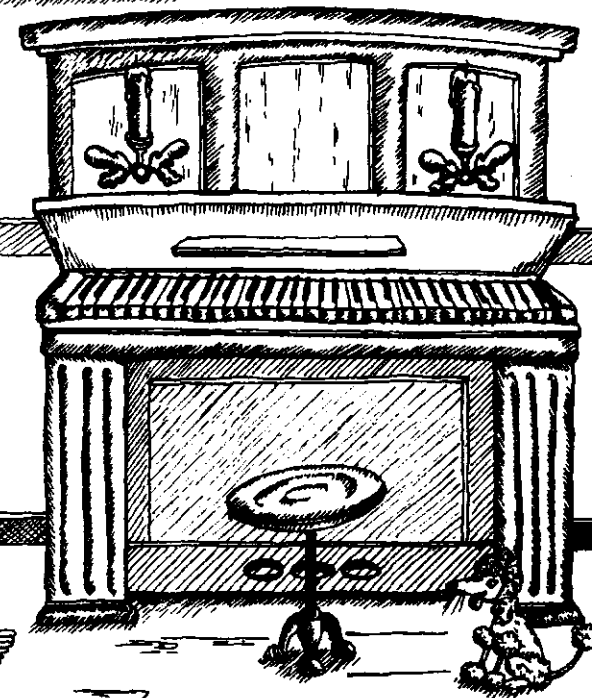


—¿Como tú? —preguntó Julia.  
—Sí, como yo. También había una niña pequeña, pecosa y muy bonita.

—¿Como yo? —preguntó nuevamente Julia.



—Bueno... —respondió la abuela—. Ana, que así se llamaba la niña de esta historia, no era tan brincona, comegalletas y juguetona como tú. Ana era muy juiciosa. Mucho, mucho, digamos... que era demasiado juiciosa.





—¡Huyy,  
qué aburrida  
la pobre Ana!  
—comentó  
Julia.

—Pues un día —continuó  
contando la abuela—, a la  
Befaná le llegó una carta. Era  
una invitación distinta a las  
demás invitaciones que hasta  
ahora había recibido:

*Querida Befana:*

*Tus compañeras y amigas brujas  
hemos organizado una fiesta de medias.  
Las medias más lindas serán premiadas.  
Contamos con tu asistencia.*

*Con un hechizado saludo,*

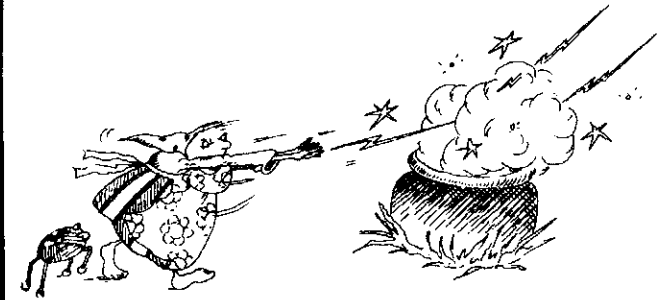
*tus amigas brujas.*



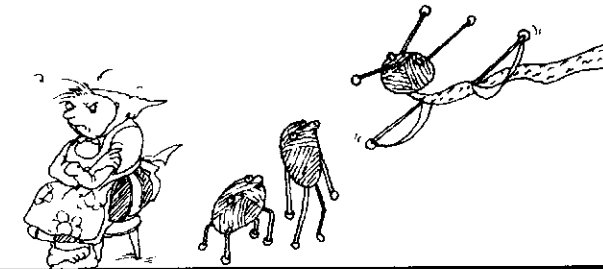
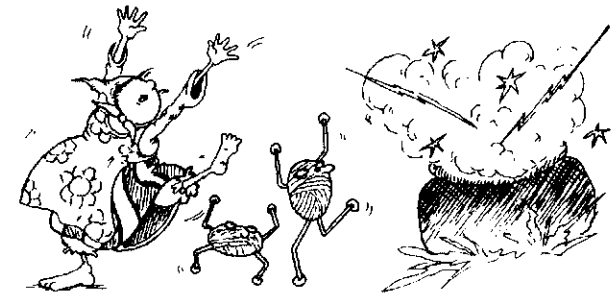
—¿Medias? —pensó la Befana—. Yo no uso medias. En la vida me he puesto unas , y eso no es lo peor... no tengo ni un par.

Pero si una bruja puede volar en escoba y convertir a un príncipe en sapo, ¿por qué no va a poder con hechizos conseguir unas medias? La

Befana fue a su caldero, buscó en su libro de fórmulas y comenzó a trabajar.



Hizo un intento y no resultó, hizo otro y tampoco. Intentó por tercera vez, pero como las dos primeras veces, falló.



—Definitivamente —dijo preocupada la Befana—, seré capaz de volar en escoba y de convertir a la gente en sapo, pero no de hacer un par de medias.

Entonces hizo lo que cualquiera haría si necesitara resolver un problema. Buscó a su mamá.

—¿Medias? —le preguntó extrañada su mamá—. No, no tengo.



—¿Qué haremos? —dijo preocupada la Befana mientras se rascaba la cabeza.

Entonces la madre tomó de la mano a la hija e hizo lo que cualquiera haría si tuviera semejante problema. Buscó a su mamá, o sea a la abuelita de la Befana.

—No, no y no —dijo la abuelita—.



No tengo medias, nunca aprendí a tejerlas, me parecía muy aburrido.

Y como tres brujas pueden más que una, reunidas fueron al caldero a hacer conjuros, intentando conseguir unas medias. Brincaban alrededor de las llamas y cantaban:

*Entrégamelas, caldero,  
y voy contando hasta tres,  
un par de medias yo quiero  
que calcen mis fríos pies.*

Al parecer, tres brujas eran capaces de hacer muchos hechizos, pero, definitivamente, de conseguir un par de medias, no.

La Befana estaba muy triste. No iba a poder asistir a su fiesta.





—¿Y Ana,  
abuela? ¿Qué  
pasó con esa  
niñita tan  
aburrida?

—preguntó Julia  
con curiosidad.

—Ya verás —dijo la abuela—.  
Ya verás. El día en que la  
Befana trataba de conseguir sus  
medias, ese día, llovió con tanta  
intensidad que las calles  
parecían ríos, mejor aún, mares.  
Había charcos por todas partes.

Las clases terminaron y todos  
los alumnos se fueron a sus  
casas. Todos menos Ana. Ella era  
muy estudiosa, digamos que



para su edad era demasiado estudiosa.

Sentada, escribía en sus cuadernos sumas y restas de matemáticas, frases muy bonitas, y todo lo iba adornando con dibujos multicolores. De pronto sintió algo más feo que tener una piedra entre el zapato o que aguantar las ganas de ir al baño; sintió aburrimiento. Sí, Ana estaba aburrida.

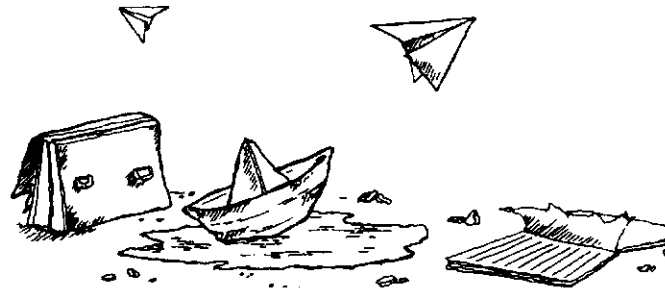
—Todo lo hago bien; siempre soy juiciosa y soy la primera de la clase —pensó—. Sí, tanto juicio me tiene harta.



Entonces, repentinamente, metió sus cuadernos entre la maleta y salió

corriendo a la calle. Realmente no corría, brincaba por entre los charcos. Su falda, sus zapatos y sus crespos se hacían más pesados por el barro que poco a poco los iba salpicando. Los cuadernos de matemáticas y lenguaje se convirtieron en barquitos y aviones de papel que recorrieron los mares hechos por la lluvia sobre las calles.





Cuando Ana se aproximó a su casa se acordó de que tenía mamá, y de que, como todas las mamás del mundo, se iba a disgustar de ver a su hija ensopada en barro, y además, la regañaría, y para completar terminaría diciendo:

—¿Una niña tan juiciosa como tú haciendo esas tonterías?



Era horrible, pensarlo era horrible. Ana no quería regresar.



—Abuela, Ana ya no me parece tan... bueno, tan tonta

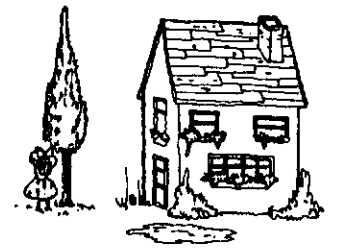
—interrumpió Julia. —Pero, ¿quién la va a ayudar?

—¿Quién piensas que podría ayudarla? —le preguntó la abuela.

—Pues, pues...

—Sí, señora, la Befana. Porque ese día de lluvia, charcos y desorden de Ana, ese día la Befana, para olvidar la pena que le producía saber que no iría a su fiesta de medias, salió a dar un paseo en escoba.

Volando de nube en nube, desde lo alto, alcanzó a ver una niñita que brincaba feliz entre los



charcos. Era Ana. La Befana la siguió, porque le causó curiosidad ver cómo de un momento a otro esa niñita se detenía al pie de un árbol a llorar desconsoladamente.

—No sé qué hacer, no sé qué hacer —gemía Ana.

La Befana se le acercó y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Ana le contó lo sucedido y la Befana la observaba mientras escuchaba atentamente el relato.

“Pero, ¡qué medias más preciosas tiene esta niña!” pensó la Befana.

Y antes de que Ana pudiera terminar tranquilamente de contar su historia, dio un grito de felicidad:

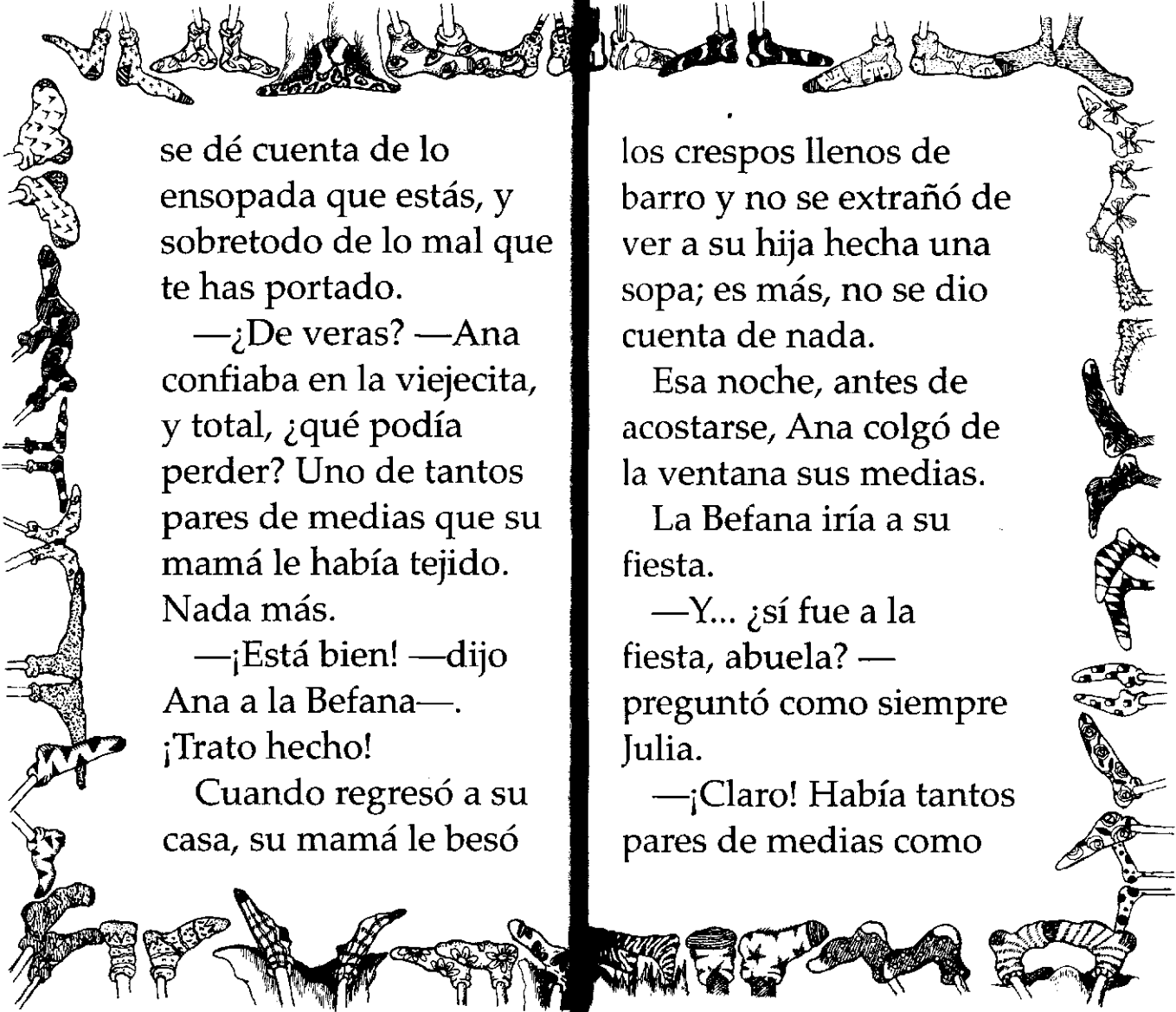
—¡Por los mil calderos! Ya tengo la solución.

Ana miró extrañada a esa viejecita desdentada, un poco gorda y jorobada, que saltaba dando gritos.

—¿La solución de qué? —le preguntó.

—Es muy sencillo. Si tú, esta noche, antes de ir a dormir, dejas tus medias colgadas de la ventana de tu habitación, yo soy capaz de hacer que tu mamá no





se dé cuenta de lo ensopada que estás, y sobretodo de lo mal que te has portado.

—¿De veras? —Ana confiaba en la viejecita, y total, ¿qué podía perder? Uno de tantos pares de medias que su mamá le había tejido. Nada más.

—¡Está bien! —dijo Ana a la Befana—. ¡Trato hecho!

Cuando regresó a su casa, su mamá le besó

los crespos llenos de barro y no se extrañó de ver a su hija hecha una sopa; es más, no se dio cuenta de nada.

Esa noche, antes de acostarse, Ana colgó de la ventana sus medias.

La Befana iría a su fiesta.

—Y... ¿sí fue a la fiesta, abuela? —preguntó como siempre Julia.

—¡Claro! Había tantos pares de medias como



brujas asistieron: medias de puntos, de rayas, de flores, de gatos, brillantes, con corazones... en fin, medias, medias y más medias, pero ningunas fueron tan elogiadas como las de Befana.

—¡Por todos los sapos!  
¡Qué medias, chica!

Algunas sentían envidia y no podían ocultarla:

—Bueno... me parece haberlas visto en otra parte.

Otras aún más perversas comentaban:

—Estoy segura de que a la primera lavada no le quedarán buenas ni a su gato.

—Eso, si las lava  
—respondía su  
compañera.  
—Porque ésa, ésa es bien  
descuidada.

La Befana no dio  
importancia a los tontos  
comentarios. Esa noche se  
sentía feliz. Bailó una y  
otra vez sin cansarse.  
Hizo los mejores conjuros  
y se ganó el primer  
premio en la competencia  
de hechizos.

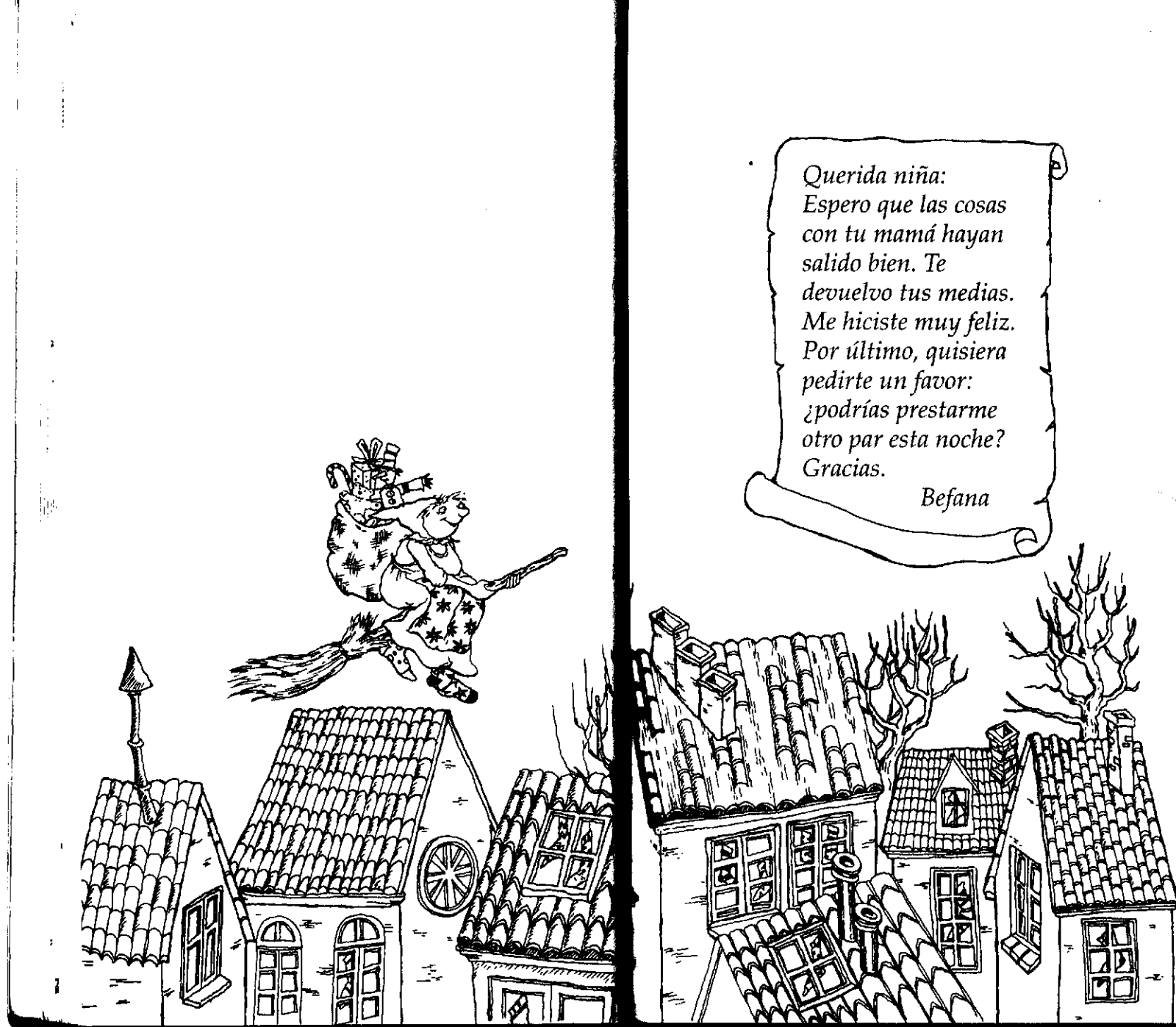
Estaba tan feliz que, a  
pesar de haber obtenido  
el tercer puesto en el  
concurso de medias, se  
sentía muy agradecida  
con Ana.

Una vez asomó el sol y  
se hubo terminado la

fiesta, las brujas  
montaron en sus  
escobas camino a sus  
casas.

La Befana debía  
devolver las medias y  
así lo hizo, pero en  
agradecimiento las llenó  
de pastillas de chocolate  
con nueces, caramelos  
de menta y leche,  
lápices de colores,  
cuadernos de dibujo,  
pinceles y muñecos de  
madera.

Cuando Ana despertó  
se maravilló de ver sus  
medias repletas de cosas  
tan ricas y, en el fondo,  
cerca al talón de una de  
ellas, encontró la  
siguiente nota:



Querida niña:  
Espero que las cosas  
con tu mamá hayan  
salido bien. Te  
devuelvo tus medias.  
Me hiciste muy feliz.  
Por último, quisiera  
pedirte un favor:  
¿podrías prestarme  
otro par esta noche?  
Gracias.

Befana

—¡Claro que se las prestaré!

—gritó Ana.

A la Befana le había encantado usar medias, se sentía más inspirada para realizar sus pócimas y conjuros nocturnos. Llegada la madrugada, montaba en su escoba e iba a devolverlas.

Ana contó lo sucedido a una amiga que comenzó a colgar medias en su ventana antes de ir a dormir. La Befana usó un par de éstas.

La amiga de Ana contó a un amigo, y éste a su vez a otro, y a otra y a otro, y así hasta que cada vez Befana tenía infinidad de pares de

medias para escoger, pero como no alcanzaba a dejarles a todos un regalo cada noche, decidió escribir una carta con la siguiente propuesta:



*Niños:*

*Quiero agradecerles que piensen en mí y deseen prestarme sus medias. Para recompensarlos por el favor que han hecho, todos los días seis de enero llenaré con dulces y regalos un par de medias que cuelguen en la ventana de sus habitaciones.*

*Los quiere,*

*Befana.*

—De este modo  
—continuó diciendo la  
abuela—, termina la historia  
de la Befana. Por eso cada  
seis de enero ella sale en su  
escoba cargando a sus  
espaldas un saco enorme  
repleto de dulces y  
sorpresas que va  
depositando entre las  
medias que los niños han  
colgado en la ventana de sus  
habitaciones.

—¡Huyy, abuela! ¡Qué  
cuento tan divertido! Sólo  
que quisiera saber: ¿la  
Befana siempre devuelve las  
medias que le han prestado?

—Pues... ¿te has dado  
cuenta de que a veces, en  
nuestras casas, buscamos  
desesperadamente un par



de medias que finalmente nunca aparece?

—Sí —dice Julia.

—Bueno, cuando eso suceda ya sabes quién las tiene. Posiblemente se lo contarás a tu mamá y ella no te creerá, pero ten la seguridad de que están calzando los pies de la Befana, y que si no las devolvió fue porque se quedó dormida y se le olvidó entregarlas, o bien porque le gustaron tanto, tanto, que no quería quitárselas.

Julia bostezó. Tenía hambre. Comió con la abuela y cuando terminó volvió a bostezar... tenía sueño.

La abuela la llevó a su cuarto, le puso la pijama y la arropó entre las cobijas de su cama.

—Hasta mañana, Julia.

—Hasta mañana, abuela.

La abuela cerró la puerta y Julia se levantó sin hacer mucho ruido, Buscó en el armario el cajón de las medias y escogió el par más bonito, las colgó de la ventana y volvió a meterse entre las cobijas.

“Espero que el seis de enero llegue muy pronto”, pensó. Luego cerró los ojos y se fue durmiendo poquito a poco.